

PRÓLOGO

Debido a las restricciones para viajar impuestas por el Departamento de la Guerra a la primera división de béisbol, la Serie Mundial de 1918 se jugó en septiembre y se repartió en dos estadios. Los Cubs de Chicago fueron el equipo anfitrión en los tres primeros encuentros, y los cuatro últimos se celebrarían en Boston. El 7 de septiembre, tras perder los Cubs el tercer partido, los dos equipos subieron juntos a un tren de la compañía Michigan Central Railroad para emprender un viaje de veintiseis horas, y Babe Ruth se emborrachó y empezó a robar sombreros.

Ya de buen comienzo habían tenido que llevarlo a rastras al tren. Al acabar el encuentro, se había ido a un establecimiento a unas manzanas de Wabash, al este, donde uno podía encontrar una timba, suministro ininterrumpido de alcohol y una o dos mujeres, y si Stuffy McInnis no hubiera sabido dónde buscarlo, habría perdido el tren de regreso a Boston.

Así las cosas, vomitó desde la plataforma exterior del furgón de cola cuando el tren abandonaba la Estación Central poco después de las ocho de la noche y dejaba atrás los apartaderos de ganado. En el aire flotaba un humo espeso como la lana y el hedor de las vacas sacrificadas, y Ruth no veía una sola estrella en el cielo negro. Echó un trago de su petaca y, gargareando, se enjuagó el vómito de la boca con whisky de centeno. Escupió por encima de la barandilla de hierro y, mientras se alejaban, contempló los destellos del perfil urbano de Chicago elevarse ante él. Como tantas veces cuando se marchaba de un lugar y le pesaban las piernas a causa del alcohol, se sentía gordo y huérfano.

Bebió más whisky. A sus veintitrés años, empezaba a convertirse por fin en uno de los bateadores más temidos del campeonato. En un año en que se había contabilizado un total de noventa y seis *home runs*

en la Liga Americana, Ruth se había anotado once. Casi el doce por ciento, ahí es nada. Aun cuando alguien se acordara del bajón de tres semanas que tuvo en junio, los lanzadores lo trataban ya con respeto. También los bateadores contrarios, porque esa temporada Ruth había llevado a la victoria a los Sox con sus lanzamientos en trece ocasiones. Además, había comenzado cincuenta y nueve partidos como exterior izquierdo y trece como primer base.

Pero era incapaz de pegarle a una bola lanzada por un zurdo. Ése era su punto débil. Pese a que las plantillas de todos los equipos estaban muy mermadas porque gran número de jugadores se había incorporado a filas, Ruth tenía un talón de Aquiles que los mánagers rivales empezaban a explotar.

Que se jodan.

Lo dijo al viento y tomó otro trago de la petaca, regalo de Harry Frazee, el dueño del club. Ruth había dejado el equipo en julio para ir a jugar con el de los Astilleros Chester, en Pennsylvania, porque el entrenador Barrow valoraba más sus lanzamientos que su bateo, y Ruth estaba cansado de lanzar. Eliminas a los tres bateadores en una entrada y te aplauden. Anotas un *home run* y el público entra en erupción. El problema era que el equipo de los Astilleros Chester también prefería sus lanzamientos. Cuando Frazee amenazó con entablar una demanda, el club de los astilleros devolvió a Ruth.

Frazee había ido a recoger a Ruth y lo había guiado hasta el asiento trasero de su cupé Rauch & Lang Electric Opera. El coche era granate con guarnición negra, y a Ruth siempre le maravillaba ver su reflejo en el metal, a cualquier hora del día, lloviera o luciera el sol. Preguntó a Frazee cuánto costaba un buga como ése y Frazee acarició despreocupadamente la tapicería gris mientras el chófer se incorporaba al tráfico en Atlantic Avenue.

—Más que usted, señor Ruth —contestó, e hizo entrega a Ruth de la petaca.

La inscripción grabada en el peltre rezaba:

RUTH, G.H.
CHESTER, PENNA.
1/7/18-7/7/18

Ahora, en el tren, recorrió el contorno con el dedo y bebió otro trago, mientras en el aire el untuoso tufo de la sangre de vaca se mezclaba con el olor metálico de los polígonos industriales y los raíles calientes de la vía. Soy Babe Ruth, deseó gritar desde el tren. Y cuando no estoy en un furgón de cola, solo y borracho, soy alguien a quien tener en cuenta. Una rueda en el engranaje, sí, lo sé de sobra, pero una rueda con diamantes incrustados. La rueda más grande de todas las ruedas. Algún día...

Ruth levantó la petaca y brindó a la salud de Harry Frazee y todos los Harry Frazee del mundo con una sarta de epítetos obscenos y una sonrisa radiante. A continuación, echó otro trago, y éste se le subió a los párpados y se los cerró a tirones.

—Y ahora me voy a dormir, vieja puta —dijo Ruth en un susurro a la noche, al horizonte, al olor de la carne sacrificada.

Y a los oscuros campos del Medio Oeste que se extendían al frente. A las cenicientas localidades fabriles desde allí hasta Governor's Square. Al cielo tiznado de humo y sin estrellas.

Entró a trompicones en el camarote que compartía con Jones, Scott y McInnis, y cuando despertó a las seis de la mañana, todavía vestido, estaba en Ohio. Desayunó en el vagón restaurante, vaciando dos cafeteras, mientras contemplaba las chimeneas humeantes de las fundiciones y las plantas siderúrgicas enclavadas en las colinas negras. Le dolía la cabeza. Añadió al café un par de chorros de la petaca y se le pasó el dolor. Jugó un rato a la canasta con Everett Scott, y luego el tren hizo una parada larga en Summerford, otra población industrial, y salieron a estirar las piernas por un campo justo detrás de la estación. Fue entonces cuando oyó por primera vez la palabra huelga.

Harry Hooper, capitán y *fielder* derecho de los Sox, y Dave Shean, segundo base del equipo, charlaban con dos jugadores de los Cubs, Leslie Mann y Bill Killefer, *fielder* izquierdo y *catcher*, respectivamente. Según McInnis, los cuatro habían estado a partir un piñón durante todo el viaje.

—¿Y qué se traen entre manos? —preguntó Ruth, no muy seguro de que realmente le importara.

—No lo sé —contestó Stuffy—. ¿Querrán vender el partido, quizás? ¿Hacer tongo?

Hooper cruzó el campo en dirección a ellos.

—Vamos a la huelga, chicos.

—Estás borracho —replicó Stuffy McInnis.

Hooper negó con la cabeza.

—Chicos, nos están jodiendo.

—¿Quiénes?

—La Comisión, ¿quién va a ser? Heydler, Hermann, Johnson. Ellos.

Stuffy McInnis esparció unas hebras de tabaco en un papel de liar y lamió el borde con delicadeza a la vez que retorció las puntas.

—¿Y eso cómo es?

Stuffy encendió el cigarrillo y Ruth, mirando hacia una hilera de árboles al otro lado del campo bajo el cielo azul, tomó un sorbo de la petaca.

—Han cambiado el reparto de taquillaje para la Serie Mundial. El porcentaje sobre la venta de entradas. Lo decidieron el invierno pasado, pero no nos lo han dicho hasta ahora.

—Un momento —dijo McInnis—. Nos dan el sesenta por ciento de la taquilla de las cuatro primeras puertas.

Harry Hooper negó con la cabeza, y a Ruth todo aquello empezaba a entrarle por un oído y salirle por el otro. Se fijó en los cables del telégrafo tendidos en el borde del campo y se preguntó si los oiría zumbar al acercarse. Taquillaje, reparto. A Ruth le apetecía otro plato de huevos, un poco más de beicon.

—Nos *daban* el sesenta por ciento —corrigió Harry—. Ahora nos dan el cincuenta y cinco. La asistencia ha bajado. Por la guerra, ya sabes. Y es nuestro deber patriótico renunciar al cinco por ciento.

McInnis se encogió de hombros.

—Pues será nuestro...

—Luego tenemos que ceder el cuarenta por ciento de esa cantidad a Cleveland, Washington y Chicago.

—¿Por qué? —preguntó Stuffy—. ¿Por mandarlos a patadas al segundo, tercer y cuarto puestos?

—Y luego otro diez por ciento a las organizaciones benéficas relacionadas con la guerra. ¿Lo vas entendiendo?

Stuffy frunció el entrecejo. Parecía dispuesto a asestar un puntapié a alguien, a alguien pequeño a quien pudiera darle una buena.

Babe lanzó el sombrero al aire y lo atrapó por detrás. Cogió una piedra y la lanzó al cielo. Volvió a lanzar el sombrero.

—Todo se arreglará —dijo.

Hooper lo miró.

—¿Qué se arreglará?

—Lo que sea —contestó Babe—. Volverá a ser como antes.

—¿Cómo, Gidge? Explícamelo. ¿Cómo?

—De un modo u otro.

Empezaba a dolerle otra vez la cabeza. Hablar de dinero le daba dolor de cabeza. El mundo entero le daba dolor de cabeza: los bolcheviques derrocando al zar, el káiser arrasando Europa sin contemplaciones, las bombas anarquistas estallando en las calles del país, en desfiles y buzones. La gente estaba indignada, la gente vociferaba, la gente moría en las trincheras y se manifestaba delante de las fábricas. Y todo tenía que ver con el dinero. Hasta ahí el Bambino llegaba. Pero detestaba pensar en ello. Le gustaba el dinero, le gustaba como al que más, y sabía que ganaba una pasta e iba camino de ganar más. Le gustaba su nueva motocicleta y le gustaba comprar buenos puros y alojarse en hoteles de lujo con tupidas cortinas en las habitaciones y pagar rondas en el bar. Pero detestaba pensar en el dinero o hablar de dinero. Sólo quería llegar a Boston. Quería batear una bola, correrse una juega. Governor's Square era un hervidero de burdeles y buenas tabernas. Se acercaba el invierno; quería disfrutarlo mientras pudiera, antes de la llegada de las nieves, del frío. Antes de quedarse aislado en Sudbury con Helen y el olor a caballo.

Dio una palmada a Harry en el hombro y repitió su dictamen:

—De un modo u otro, todo acabará bien. Ya lo verás.

Harry Hooper se miró el hombro. Miró hacia el campo. Miró otra vez a Ruth. Ruth sonrió.

—Sé un buen Bambino —dijo Harry Hooper— y deja hablar a los mayores.

Harry Hooper le dio la espalda. Llevaba un canotier, ligeramente echado hacia atrás. Ruth detestaba los canotiers; tenía la cara demasiado redonda, demasiado carnosa, y le quedaban mal. Con un canotier puesto, parecía un niño disfrazado. Imaginó que le quitaba a Harry el canotier y lo lanzaba al techo del tren.

Harry, con el mentón inclinado, se alejó por el campo llevándose a Stuffy McInnis sujeto del codo.

Babe cogió una piedra y fijó la mirada en la espalda de Harry Hooper, en su chaqueta de sirsaca; imaginó allí el guante de un *catcher*, imaginó el sonido seco del golpe, una pedrada contra un espinazo. Pero en ese momento otro sonido seco sustituyó al que tenía en la cabeza, un chasquido lejano similar al ruido de un leño al partirse en una chimenea. Miró hacia el este, donde el campo lindaba con una pequeña arboleda. Oyó el susurro del vapor del tren a sus espaldas y voces perdidas de otros jugadores y el murmullo del campo. Dos maquinistas pasaron por detrás de él hablando de la pestaña rota de una rueda, diciendo que iban a tardar dos horas, incluso tres, en repararla, y Ruth pensó: ¿dos horas aquí en el culo del mundo? Y entonces volvió a oírlo: el chasquido seco y lejano, y supo que detrás de aquellos árboles alguien jugaba al béisbol.

Atravesó el campo él solo, sin que nadie lo viera, y oyó más cerca los sonidos del juego: el sonsonete de los silbidos, el roce áspero de los pies en la hierba al perseguir la bola, el golpe sordo y húmedo de la bola al morir en el guante de un jugador en el extracampo. Cruzó la arboleda y, acalorado, se quitó la chaqueta. Cuando dejó atrás los árboles, los equipos cambiaban de lado: unos hombres corrían hacia una franja de tierra junto a la línea de la primera base y otro grupo salía corriendo de una franja de tierra junto a la tercera.

Hombres de color.

Se detuvo y saludó con la cabeza al *fielder* central, que trotaba hacia su posición a unos metros de Babe. El jugador le devolvió el saludo con un gesto parco y luego pareció escrutar los árboles para ver si tenían previsto ese día dar a luz a algún otro blanco. Acto seguido, volvió la espalda a Babe y, doblándose por la cintura, apoyó la mano enguantada en la rodilla. Era una mole, ancho de hombros como el Bambino, aunque no tan grueso de cintura, ni (debía admitir Babe) de culo.

El lanzador no perdió el tiempo. Sin apenas preparación, con el simple movimiento de sus larguísimos brazos, lanzó con el derecho como si arrojara una piedra con una honda destinada a cruzar un océano, y Babe, incluso desde donde se hallaba, supo que la bola llegó

a la meta echando chispas. El bateador blandió el palo limpiamente y, aun así, falló casi por un palmo.

Pero sí le dio a la siguiente, le dio de pleno, con un chasquido tan sonoro que sólo podía proceder de un bate roto, y la bola se elevó en vertical y perdió fuerza en el cielo azul, como un pato que decidiese de pronto nadar estilo espalda, y el central movió un pie y abrió el guante y la bola cayó, como si sintiese alivio, justo en medio del cuero.

Ruth nunca había ido a examinarse la vista. Se había negado. Desde pequeño, leía los indicadores de las calles, incluso los que estaban pintados en las esquinas de los edificios, a mayor distancia que nadie. Distinguía la textura de las plumas de un halcón a cien metros por encima de él, en el momento de abatirse sobre la presa, surcando el aire como una flecha. A sus ojos, las bolas eran gordas y se movían despacio. Cuando lanzaba él, el guante del *catcher* parecía una almohada de hotel.

Así que incluso a esa distancia supo que el siguiente bateador tenía la cara hecha un cromo. Menudo, flaco como un palo de escoba, pero sin duda con algún problema en la cara, unos verdugones rojos o tejido cicatricial sobre un fondo de piel color café con leche. En el cajón era pura energía, un continuo rebote de pies y caderas, como un muelle sobre la meta, esforzándose por no reventar. Y cuando dio a la bola después de dos *strikes*, Ruth supo que ese negro iba a volar, pero ni siquiera él estaba preparado para semejante velocidad.

Cuando la bola trazaba aún un arco hacia los pies del *fielder* derecho (Ruth supo antes que él que no la atraparía), el muelle doblaba ya en la primera. Después de caer la bola en la hierba, el *fielder* derecho, sin guante, la cogió y, tras dar apenas medio paso, se plantó y la lanzó; la bola salió de su mano como si aquel hombre la hubiese pillado en la cama con su hija, y en un visto y no visto llegó al guante del segundo base. Pero el muelle estaba ya en la segunda. Allí de pie, bien erguido. Sin resbalón final, sin necesidad de arrojarse. Se había posado en ella como si recogiese el periódico de la mañana, y miraba hacia el central, hasta que Ruth cayó en la cuenta de que en realidad lo miraba a él. Así que lo saludó llevándose una mano al sombrero y el chico le dirigió una sonrisa achulada y adusta.

Ruth decidió no perderlo de vista, adivinando que lo que hiciera a continuación, fuera lo que fuese, tendría un toque especial.

El corredor situado en la segunda base había jugado con los Mudhawks de Wrightville. Se llamaba Luther Laurence, y los Mudhawks lo habían despachado en junio, después de una pelea con Jefferson Reese, el mánager y primer base del equipo, un negrito risueño y dentado que se comportaba como un perrito faldero en presencia de los blancos y hablaba mal de los de su propia raza en la casa donde trabajaba, en las afueras de Columbus. Luther conoció los detalles una noche por una muchacha con la que se veía de vez en cuando, una buena chica llamada Lila, muy guapa ella, que trabajaba en la misma casa que Jefferson Reese. Lila le contó que una noche, mientras Reese servía la sopa en el comedor, los blancos despotricaban, dale que te dale, contra los negros con ínfulas de Chicago, quejándose de cómo se paseaban por las calles con tal descaro que ni siquiera bajaban la vista al cruzarse con una mujer blanca. El bueno de Reese aprovechó para meter baza: «Sí, es una vergüenza, señores, y que lo digan. Los negros de Chicago no son más que chimpancés colgados de una liana. No tienen tiempo para ir a la iglesia. El viernes se emborrachan, el sábado juegan al póquer y se pasan el domingo entero con la mujer de otro hombre».

—¿Eso dijo? —preguntó Luther a Lila en la bañera del hotel Dixon, sólo para negros.

Consiguió formar espuma en el agua, empujó el agua jabonosa hacia los pechos pequeños y turgentes de Lila, recreándose en la imagen de las burbujas en su piel, una piel del color del oro sin brunitar.

—Dijo cosas aún peores —afirmó Lila—. Pero a ti ni se te ocurra meterte con ese hombre, eh, cielo. Es muy cruel.

Cuando Luther, a pesar de la advertencia, se metió con él en la caseta del campo del Inkwel, Reese dejó de sonreír al instante y en sus ojos apareció cierta expresión, una expresión dura, ancestral, en la que se adivinaba que aún no había dejado del todo atrás el tormento del sol en las plantaciones, y Luther pensó «uy uy uy», pero para entonces Reese ya se había abalanzado sobre él, y sus puños eran como la punta de un bate en la cara de Luther. Éste intentó responder, pero Jefferson Reese, que le doblaba la edad y llevaba diez años de criado negro en una casa, guardaba dentro de sí una furia tan honda que cuando por fin le dio rienda suelta, salió aún más enconada y más dura por el he-

cho mismo de haberla reprimido durante tanto tiempo. Tumbó a Luther a golpes, a golpes rápidos y brutales, a golpes y más golpes hasta que su sangre corrió y se mezcló con la tierra y el yeso y el polvo del campo.

Cuando Luther estaba ingresado en la sala de beneficencia del St. John, su amigo Aeneus James le dijo:

—Joder, chaval, con lo rápido que eres, ¿por qué no saliste corriendo al ver semejante mirada en los ojos de ese viejo chiflado?

Luther había dispuesto de un largo verano para reflexionar acerca de esa pregunta, y aún no tenía la respuesta. Con lo rápido que era, y no había conocido a nadie más rápido que él, se preguntó si sencillamente estaba hastiado de tanto correr.

Pero ahora, al ver a aquel gordo que se daba un aire a Babe Ruth mirarlo desde los árboles, Luther no pudo menos que pensar: ¿te crees que sabes lo que es correr, blanco? Pues no. Espera y verás. Podrás contárselo a tus nietos.

Y salió disparado de la segunda base justo cuando Sticky Joe Beam lanzaba con aquel movimiento suyo de pulpo. Pero antes dedicó una milésima de segundo a ver cómo se le desorbitaban los ojos al gordo blanco, sobresaliéndole tanto como la barriga, y movió los pies a tal velocidad que más que correr él sobre la tierra, la tierra corría bajo él. De hecho, la sentía moverse como un río al llegar la primavera, y se imaginó a Tyrell Hawke plantado en la tercera, tembloroso porque se había pasado toda la noche bebiendo, y Luther contaba con ello, porque ese día no iba a conformarse con la tercera, ni hablar, y pensó: exacto, ve haciéndote a la idea de que el béisbol es un deporte de velocidad y yo soy el hijo de puta más veloz que verás en la vida, y cuando levantó la cabeza, lo primero que vio fue el guante de Tyrell al lado de la oreja. Lo siguiente, a su izquierda, fue la bola, una estrella fugaz en trayectoria oblicua y echando humo. Luther gritó «¡Bu!», y su voz sonó aguda y fuerte, y efectivamente, el guante de Tyrell, con la sacudida, se elevó ocho centímetros. Luther se agachó, y la bola pasó zumbando por debajo del guante de Tyrell y le rozó a él el vello de la nuca, afilada como la navaja de la barbería de Moby en Meridian Avenue, y Luther tocó la bolsa que marcaba la tercera base con las puntas de los dedos del pie derecho y continuó a todo correr por la línea, desliziéndose la

tierra a tal velocidad bajo sus pies que tenía la sensación de que iba a acabársele el suelo, de que iba a caerse por el borde de un precipicio, quizá por el borde del mismísimo mundo. Oyó al *catcher*, Ransom Boynton, pedir la bola a gritos: «¡Aquí! ¡Aquí!». Luther alzó la vista, vio a Ransom a unos metros por delante, vio la bola aparecer en su línea de visión, la sintió en la tensión de las rótulas, y tomó una bocanada de aire del tamaño de un bloque de hielo y convirtió sus pantorrillas en muelles y sus pies en percutores de pistola. Embistió a Ransom con tal fuerza que apenas lo notó, simplemente lo arrolló y vio la bola dar en la cerca de madera, detrás de la meta, en el preciso momento en que él la cruzaba, superponiéndose los dos sonidos, uno duro y limpio, el otro arrastrado y polvoriento. Y pensó: soy más rápido de lo que ninguno de vosotros podría siquiera soñar.

Paró por fin al topar contra los pechos de sus compañeros de equipo. En medio de las palmadas y vítores de los demás, se volvió para ver la expresión en la cara del gordo blanco, pero ya no estaba junto a los árboles. No, estaba casi en la segunda base, cruzando el campo a toda prisa hacia Luther, con aquella cara de bebé temblorosa y risueña, los ojos rodándole en las cuencas como si acabara de cumplir cinco años y, después de decirle alguien que iba a regalarle un poni, le fuera imposible controlar su cuerpo, como si, de pura felicidad, sólo pudiera sacudirse y saltar y correr.

Y Luther miró bien aquella cara y pensó: no.

Pero en ese momento Ransom Boynton se acercó a él y lo dijo en voz alta:

—No os lo vais a creer, pero ese de ahí, el que viene corriendo hacia nosotros como un puto tren de carga, es Babe Ruth.

—¿Puedo jugar?

Nadie podía dar crédito a lo que acababan de oír. Esto lo dijo después de correr hasta Luther y levantarlo en volandas, sostenerlo en alto ante su cara y exclamar: «Caray, he visto correr a gente en mi vida, pero nunca, y digo nunca, he visto correr a nadie como tú». Luego abrazó a Luther, le dio palmadas en la espalda y añadió: «¡Madre de Dios, qué espectáculo!».

Y lo dijo después de confirmarse que era realmente Babe Ruth.

Éste se sorprendió de que tantos de ellos lo conocieran. Pero Sticky Joe lo había visto una vez en Chicago, y Ransom dos veces en Cleveland, bateando y jugando en el lado izquierdo. Los demás habían leído sobre él en las páginas de deportes de los periódicos y en *Baseball Magazine*, y Ruth enarcó las cejas al oírlo, como si no acabara de creerse que había negritos en el planeta que sabían leer.

—¿Querréis unos autógrafos, pues? —preguntó Ruth.

Ninguno pareció muy interesado, y Ruth fue quedándose cada vez más boquiabierto mientras los otros encontraban motivos para mirarse los zapatos y escrutar el cielo.

Luther pensó en decirle a Ruth que ante él tenía a un puñado de grandes jugadores. Auténticas leyendas. Ese hombre con el brazo de pulpo, por ejemplo. El año anterior consiguió un 32-2 con los Millersport King Horns en la Liga de Trabajadores de Ohio: 32-2 con un promedio de carreras por entrada de 1,78. Chúpate esa. Y Andy Hughes, el que jugaba ahora de medio en el equipo contrario, en ese partido improvisado, había obtenido un promedio de 0,390 golpes buenos en el Downtown Sugar Shacks de Grandview Heights. Además, los autógrafos eran cosa de blancos. ¿Qué era un autógrafo, si no un garabato de alguien en un pedazo de papel?

Luther abrió la boca para explicarlo, pero, al fijarse en la cara de Ruth, vio que daba igual: aquel hombre era un niño. Un niño trémulo del tamaño de un hipopótamo, con los muslos tan gruesos que uno casi esperaba que les brotasen ramas, pero niño al fin y al cabo. Tenía unos ojos enormes. Luther nunca había visto unos ojos tan grandes. Los recordaría durante años, viéndolos cambiar en los periódicos con el paso del tiempo, cada vez más pequeños y sombríos en las fotografías. Pero por aquel entonces, en un campo de Ohio, Ruth tenía los ojos de un niño gordo en el patio del colegio, rebosantes de esperanza y miedo y desesperación.

—¿Puedo jugar? —Abrió sus zarpas de San Bernardo—. ¿Con vosotros?

Eso ya casi fue el colmo para ellos, y algunos, mofándose, se doblaron de la risa. Luther, en cambio, permaneció impassible.

—Bueno... —Miró a los demás y luego, con calma, se volvió otra vez hacia Ruth—. Depende. ¿Conoce usted bien este deporte?

Al oírlo, Reggie Polk se revolcó por el suelo. Otros varios jugadores se carcajearon, hicieron aspavientos. Ruth, no obstante, sorprendió a Luther. Aquellos ojos grandes se volvieron pequeños y transparentes como el cielo, y Luther lo entendió de inmediato: con un bate en la mano, tenía la misma edad que ellos.

Ruth se llevó un puro apagado a la boca y se aflojó el nudo de la corbata.

—He aprendido un par de cosas en mis viajes, señor...

—Laurence. Luther Laurence.

Luther seguía sin inmutarse.

Ruth lo rodeó con un brazo. Un brazo del tamaño de la cama de Luther.

—¿En qué posición juegas, Luther?

—Central.

—Pues en ese caso no debes preocuparte de nada más que de echar atrás la cabeza.

—¿Echar atrás la cabeza? ¿Qué quiere usted decir con eso?

—Y ver pasar la bola por el cielo cuando yo le pegue.

Luther no pudo evitarlo: una sonrisa se dibujó en su cara.

—Y no me hables de usted, ¿vale, Luther? Aquí somos todos jugadores de béisbol.

La primera vez que Sticky Joe lo eliminó fue algo digno de verse. Tres *strikes*, uno detrás de otro como el hilo que sigue la aguja, sin que el gordo rozara siquiera el cuero.

Después del último, Ruth se echó a reír, señaló a Sticky Joe con el bate y movió la cabeza en un gesto de admiración.

—Pero te estoy tomando el pulso, chico; te estoy tomando el pulso con la misma atención que un médico en una consulta.

Nadie quiso dejarlo lanzar, así que en cada entrada sustituyó a un jugador, ocupando las distintas posiciones. A nadie le importaba quedarse en el banquillo durante una entrada. Dios, aquél era nada menos que Babe Ruth. Puede que no quisieran una triste firma, pero contar aquella historia les valdría no pocas copas durante mucho tiempo.

En una entrada jugó a la izquierda, Luther ocupó el centro, y Reggie Polk, el lanzador de su equipo en esos momentos, se lo tomaba con

mucha calma entre bola y bola, como era su costumbre. Así que Ruth aprovechó para preguntar:

—¿Y a qué te dedicas, Luther, cuando no juegas al béisbol?

Luther le habló un poco de su empleo en una fábrica de munición en las afueras de Columbus; comentó que la guerra era espantosa pero desde luego iba bien para el bolsillo, y Ruth contestó:

—Eso sí que es cierto.

Pero Luther tuvo la impresión de que lo dijo por decir algo, no porque lo entendiera de verdad. Después Ruth preguntó a Luther qué le había pasado en la cara.

—Un cactus, señor Ruth.

Oyeron el golpe del bate, y Ruth, moviéndose de puntillas como una bailarina con sus pies cortos y desproporcionadamente pequeños, persiguió una bola floja y la lanzó al segundo base.

—No sabía que hubiera cactus en Ohio. ¿Hay muchos?

Luther sonrió.

—En realidad, señor Ruth, aquí los llamamos «cactus» cuando hablamos de más de uno. Y sí, hay campos enteros por todo el estado. Hay cactus para dar y vender.

—¿Y qué te pasó? ¿Te caíste en uno de esos campos?

—Sí, y fue una buena caída.

—Parece que te caíste de un avión.

Luther negó con la cabeza muy despacio.

—De un zepelín, señor Ruth.

Los dos prorrumpieron en una larga y queda risotada, y Luther se reía aún cuando levantó el guante y arrebató del mismísimo cielo la bola de Rube Gray.

Durante la siguiente entrada, salieron de entre los árboles más hombres blancos, y reconocieron a algunos de inmediato: Stuffy McInnis, ahí es nada; Everett Scott, Dios bendito; y luego un par de los Cubs, Virgen santa, Flack, Mann, y un tercero a quien nadie reconoció y que debía de jugar en uno de los dos equipos. Se acercaron por la derecha del campo y al cabo de un momento estaban detrás del precario y viejo banquillo junto a la línea de la primera base, trajeados y con corbatas y sombreros pese al calor, fumando puros y gritando de vez en cuando a un tal «Gidge», para confusión de Luther, hasta que cayó

en la cuenta de que llamaban así a Ruth. Cuando Luther volvió a mirarlos, vio que se habían añadido otros tres: Whiteman de los Sox y Hollocher, el medio de los Cubs, y un chico flaco con la cara roja y un colgajo de piel bajo el mentón a quien nadie reconoció, y a Luther no le gustó el número: ocho además de Ruth, o sea, un equipo completo.

Durante una entrada o poco más, todo fue bien, y los blancos básicamente se mantuvieron al margen. Un par de ellos profirieron sonidos simiescos y otros gritaron cosas como «¡Atrapa esa bola, tizón, que está chupada!», o «Tendrías que haberte colocado debajo, charol», pero bueno, Luther había oído cosas peores, mucho peores. Lo que no le gustaba era que cada vez que los miraba, los ocho parecían haberse acercado medio palmo más a la línea de la primera base, y pronto empezó a ser difícil correr en esa dirección o batear una bola con los blancos a tu derecha, tan cerca que les olías la colonia. Y de repente, entre dos entradas, uno de ellos propuso:

—¿Por qué no nos dejáis probar a alguno de nosotros?

Luther advirtió que Ruth no sabía dónde meterse.

—¿Tú qué dices, Gidge? ¿Crees que a tus nuevos amigos les importaría que juegue un rato uno de nosotros? He oído hablar de lo buenos que son estos negritos. Según cuentan, corren más que un trozo de mantequilla en un porche en pleno julio.

El hombre tendió las manos hacia Babe. Era uno de los pocos a quienes nadie reconoció: debía de pasarse la vida calentando el banquillo. Pero tenía las manos grandes, la nariz chata y los hombros rectos como hachas, cuadrado todo él, y unos ojos que Luther había visto antes en los blancos pobres, en gente que se alimentaba de ira en lugar de comida, que desarrollaba un gusto por la ira que ya no perdería aunque comiera regularmente durante el resto de sus días.

Sonrió a Luther como si le leyera el pensamiento.

—¿Y tú qué dices, chico? ¿Dejarías que alguno de nosotros le pegue a la bola un par de veces?

Rube Gray se ofreció a sentarse a descansar un rato y los blancos eligieron a Stuffy McInnis como traspaso de última hora a la Liga Negra del Sur de Ohio, riéndose con esos rebuznos propios de muchos blancos grandullones, pero Luther tuvo que reconocer que no le importaba: Stuffy McInnis era un jugador de primera. Luther había se-

guido su trayectoria desde que se estrenó con el Filadelfia allá por el año 1909.

Pero después de eliminar al último bateador de la entrada, Luther se acercó a paso rápido desde el centro y se encontró con que los blancos estaban en fila junto a la meta, y el cabecilla, Flack de Chicago, tenía un bate apoyado en el hombro.

Babe lo intentó, al menos por un momento, eso Luther debía reconocerlo.

—Vamos, chicos —dijo—, estábamos jugando un partido.

Flack le dirigió una sonrisa amplia y radiante.

—Ahora el partido será mejor. Veamos cómo se desenvuelven estos chicos contra la flor y nata de la Liga Nacional y la Liga Americana.

—¿De las ligas blancas, querrá decir? —preguntó Sticky Joe Beam—. ¿Es eso?

Todos fijaron la mirada en él.

—¿Qué has dicho, chico?

Sticky Joe Beam tenía cuarenta y dos años y parecía una loncha de beicon quemada. Apretó los labios, bajó la vista al suelo y, al levantarla, la dirigió a la fila de blancos de tal manera que Luther se temió una pelea.

—He dicho que a ver cómo se les da. —Los miró fijamente—. Mmm... señores.

Luther se volvió hacia Ruth, cruzó una mirada con él, y el gordo enorme con cara de niño amagó una sonrisa vacilante. Luther recordó una frase de la Biblia que su abuela le repetía a menudo cuando era pequeño, sobre la voluntad del corazón y la debilidad de la carne.

¿Así eres tú, Babe?, deseó preguntar. ¿Así eres?

Babe empezó a beber en cuanto los negros eligieron a sus nueve jugadores. Notaba algo fuera de sitio pero no sabía qué; aquello era sólo un partido de béisbol, y sin embargo se sentía triste y avergonzado. No entendía nada. Era sólo un partido. Un poco de diversión veraniega mientras esperaban a que reparasen el tren. Nada más. Aun así, como la tristeza y la vergüenza no lo abandonaban, desenroscó el tapón de la petaca y echó un buen trago.

Buscó una excusa para no lanzar. Dijo que aún le dolía el codo

desde el primer partido de Chicago. Añadió que tenía que pensar en el récord de la Serie Mundial, el récord al lanzador con mayor número de entradas sin puntuación para el equipo contrario, y no iba a arriesgarlo por un partido improvisado de quinta categoría en el culo del mundo.

Por tanto, lanzó Ebby Wilson. Ebby era un bocazas, un mal bicho de los montes Ozark que jugaba en Boston desde julio. Sonrió cuando le pusieron la bola en las manos.

—Bien, chicos. Acabaremos con estos negros, y no nos habremos ni enterado, ni nosotros ni ellos.

Y se echó a reír pese a que nadie le rió la gracia.

Con unas cuantas bolas de alta velocidad, Ebby fulminó a los mejores bateadores del equipo contrario en un periquete. A continuación, se acercó al montículo Sticky Joe, y ese negro no conocía más marcha que la directa: cuando soltaba la bola con aquel movimiento tentacular y elástico del brazo, sólo Dios sabía lo que se te echaba encima. Lanzaba unas bolas rápidas que se volvían invisibles, bolas con rosca que tenían ojos, que en cuanto veían un bate, lo esquivaban y encima te guiñaban el ojo; bolas con efecto capaces de circundar un neumático; bolas rompedoras que estallaban diez centímetros antes de la meta. Eliminó a Mann. Eliminó a Scott. Y para poner fin a la entrada echó del campo a McInnis, que respondió a su lanzamiento con un globo directo a las manos del segundo base.

Durante varias entradas fue un duelo entre lanzadores, sin apenas movimiento fuera del montículo, y Ruth empezó a bostezar en la izquierda, dándole a la petaca cada vez con mayor insistencia. Aun así, los negros se anotaron una carrera en la segunda entrada, y otra en la tercera, cuando Luther Laurence convirtió una carrera de la primera a la segunda base en una carrera de la primera hasta la meta, cruzando el diamante a toda pastilla, tan deprisa que Hollocher, cogido por sorpresa, recibió mal el pase desde el centro y cuando dejó de entretener la pelota, Luther Laurence cruzaba ya la meta.

Lo que había empezado como un simple juego dio paso primero a un respeto asombrado («Nunca he visto a nadie echar pimienta a una bola como ese negro. Ni siquiera tú, Gidge. Joder, ni siquiera Walter Johnson. Ese tipo es un prodigio»), luego a comentarios jocosos con

cierto nerviosismo («¿Creéis que nos anotaremos una carrera antes de volver... ya sabéis, a la puta Serie Mundial?»), y por último al enfado («Estos cabrones de negros juegan en casa. Ahí está el problema. Ya me gustaría verlos jugar en Wrigley. Ya me gustaría verlos jugar en Fenway. Mierda»).

Esos negros sabían dejar muerta la bola, Dios santo, que si sabían: la bola caía a quince centímetros de la meta, tan inmóvil como si le hubieran pegado un tiro. Y sabían correr. Sabían robar bases como si todo se redujese a decidir si preferían estar en la segunda o en la primera. Y sabían conseguir un sencillo. Hacia el final de la quinta entrada, daba la impresión de que eran capaces de conseguir sencillos uno tras otro de la mañana a la noche, que no tenían más que dar un paso y arrancarle un sencillo más al diamante, hasta que de pronto Whiteman se acercó al montículo desde la primera base y cruzó unas palabras con Ebby Wilson, y a partir de ese momento Ebby se dejó de florituras y ocurrencias y se limitó a soltar trallazos como si no le importara pasarse el invierno con el brazo en cabestrillo.

Al principio de la sexta, los negros ganaban 6-3. Stuffy McInnis le pegó a una bola rápida en el primer lanzamiento de Sticky Joe Beam y la envió tan lejos por encima de los árboles que Luther Laurence ni siquiera se molestó en ir a buscarla. Sacaron otra bola de la bolsa de lona colocada junto al banquillo, y Whiteman, ahora al bate, consiguió un golpe largo y se plantó en la segunda base; por último, Flack encajó dos *strikes*, neutralizó otras seis bolas con *fouls* y luego hizo un sencillo devolviendo la bola a la izquierda muy cerca de la meta. Con eso, iban ya 6-4, y tenían hombres en la primera y la tercera, y ninguno eliminado.

Babe lo sintió cuando limpió el bate con un trapo. Sintió correr la sangre por las venas de todos ellos cuando se acercó al lugar de bateo y escarbó la tierra con el zapato. Ese momento, ese sol, ese cielo, esa madera y ese cuero y los miembros y los dedos y el suplicio de la espera para ver qué ocurriría, todo eso junto era hermoso. Más hermoso que las mujeres o las palabras o incluso la risa.

La bola de Sticky Joe le pasó de refilón. Era un lanzamiento duro y con efecto, alto pero dentro de la zona de *strike*, y se habría llevado la dentadura de Babe de viaje por el sur de Ohio si no hubiese apartado

la cabeza. Dirigió el bate hacia Sticky Joe y miró por encima de él como si apuntara con un rifle. Vio el regocijo en los ojos oscuros del viejo y sonrió, y el viejo le devolvió la sonrisa, y los dos asintieron y Ruth deseó plantarle un beso en aquella frente llena de bultos.

—¿Estáis todos de acuerdo en que es una bola buena? —preguntó Babe a voz en grito, y vio que incluso Luther, a lo lejos, en el centro del extracampo, se reía.

Dios, qué bien se lo estaba pasando. Pero, eh, uy, ahí viene, una bola rompedora como un escopetazo, y Ruth fijó la vista en la costura, vio descender de pronto la línea roja e inició el golpe por debajo, muy por debajo de la trayectoria de la bola en ese momento, pero sabiendo dónde acabaría exactamente la condenada, y por sus muertos que iba a pegarle, y le pegó, mandó la puta bola a otro espacio, a otro tiempo, vio aquella bola trepar hacia el cielo como si tuviera manos y rodillas. Ruth se echó a correr por la línea y vio a Flack salir de la primera, y fue entonces cuando supo que la bola no llegaría tan lejos como preveía. No era una bola inalcanzable. Gritó: «¡Alto!», pero Flack ya había empezado a correr. Whiteman estaba a unos pasos de la tercera, pero conservaba la posición, con los brazos extendidos a los lados mientras Luther retrocedía hacia la hilera de árboles, y Ruth vio aparecer la pelota en el mismo cielo en el que había desaparecido y caer delante de los árboles directamente en el guante de Luther.

Flack ya reculaba desde la segunda, y era rápido, y en cuanto Luther lanzó la bola hacia el primer base, Whiteman volvió a tocar la tercera. Y Flack, sí, desde luego Flack era muy rápido, pero Luther tenía dentro de aquel cuerpo flaco suyo un cañón o algo parecido, y la bola zumbó por encima del campo verde, y Flack avanzó como una diligencia y de pronto saltó por el aire al mismo tiempo que la bola golpeaba el guante de Aeneus James, y Aeneus, el grandullón que Ruth había encontrado al principio jugando de central, bajó el largo brazo mientras Flack aterrizaba y resbalaba de bruces hacia la primera base, y antes de tocar la almohadilla, notó el contacto de la mano de Aeneus en el hombro.

A continuación, Aeneus tendió la mano libre a Flack, pero éste la despreció y se puso en pie.

Aeneus entregó la bola a Sticky Joe.

Flack se limpió el polvo de los pantalones y se colocó sobre la almohadilla de la primera base. Apoyó las manos en las rodillas y adelantó el pie derecho hacia la segunda.

Sticky Joe lo miró desde el montículo.

—Oiga, ¿qué hace? —preguntó Aeneus.

—¿Cómo dices? —replicó Flack con un tono quizá más animado de lo que correspondía.

—Sólo me preguntaba por qué sigue usted aquí —dijo Aeneus.

—Es donde se pone uno cuando ocupa la primera base, muchacho —contestó Flack.

De pronto Aeneus James parecía agotado, como si acabara de llegar a casa de una jornada de trabajo de catorce horas y descubriera que alguien le había robado el sofá.

Ruth pensó: no, por Dios.

—Está eliminado, señor.

—Pero ¿de qué me hablas, muchacho? Ya estaba salvado.

—Ya estaba salvado, negro —intervino Ebby Wilson, que de repente apareció al lado de Ruth—. Se ha visto a la legua.

Entonces se acercaron unos cuantos jugadores de color, preguntando a qué venía la interrupción.

—Dice este hombre que ya estaba salvado —explicó Aeneus.

—¿Cómo? —Cameron Morgan se aproximó parsimoniosamente desde la segunda base—. ¿No lo dirán en serio?

—Vigila ese tono, muchacho.

—Vigilo lo que me da la gana.

—¿Ah, sí?

—Sí, eso creo.

—Estaba salvado. De largo.

—No había llegado —musitó Sticky Joe—. Sin faltarle al respeto, señor Flack, pero usted no había llegado.

Flack cruzó las manos detrás de la espalda y se acercó a Sticky Joe. Inclinando la cabeza hacia el otro hombre, más bajo que él, olfateó el aire por alguna razón.

—¿Te crees que estoy en la primera base por que me he confundido? ¿Es eso?

—No, señor Flack, no es eso.

—Entonces, ¿qué es lo que crees, muchacho?

—Creo que no había llegado.

A esas alturas se habían reunido todos en torno a la primera base: los nueve jugadores de cada equipo y los nueve negros que se habían sentado en el banquillo al empezar el nuevo partido.

Ruth oyó «no había llegado». Oyó «estaba salvado». Una y otra vez. Oyó «muchacho» y «negro» y «charol» y «esclavo». Y luego oyó que alguien lo llamaba.

Al volverse, vio que Stuffy McInnis lo miraba a él y señalaba la almohadilla.

—Gidge, tú eres el que estaba más cerca. Flack dice que había llegado. Ebby estaba bien situado y dice lo mismo. Dinos, Babe, ¿es verdad o no?

Babe nunca había visto tantos rostros de color indignados tan de cerca. Dieciocho. Enormes narices chatas, músculos como tubos de plomo en brazos y piernas, gotas de sudor en el pelo apretado. Le había gustado todo lo que había visto en esos hombres, y a la vez no le gustaba esa manera de mirar suya, como si supieran algo de ti que no iban a contar. Esa manera de examinarte rápidamente y luego bajar la vista y desviarla.

Seis años antes, la primera división de béisbol había ido a la huelga por primera vez. Los Tigers de Detroit se negaron a jugar hasta que Ban Johnson retiró la suspensión a Ty Cobb por dar una paliza a un hincha en las gradas. El hincha era un lisiado, con muñones en lugar de brazos, sin manos para defenderse, pero Cobb siguió golpeándolo mucho después de caer al suelo, pisando al pobre desgraciado con los tacos de las botas en las costillas y la cara. Aun así, los compañeros de equipo de Cobb se pusieron de su lado y fueron a la huelga en apoyo de un tipo por el que ninguno de ellos sentía la menor simpatía. De hecho, todos lo detestaban, pero no era ésa la cuestión. La cuestión era que el hincha había llamado a Cobb «medio negro», y no había insulto peor para un blanco excepto quizás «hijo de negro» o sencillamente «negro».

Ruth estaba aún en el reformatorio cuando se enteró, pero comprendió la postura de los otros jugadores de los Tigers, la tuvo clarísima. Uno podía charlar con un hombre de color, incluso reír o bro-

mear, tal vez en Navidad dar un aguinaldo a aquellos con los que más se reía. Pero ésta seguía siendo una sociedad de blancos, un lugar construido sobre los conceptos de familia y trabajo honrado (¿Y en cualquier caso qué hacía allí en horas de trabajo esa gente de color, en un campo, jugando un partido cuando probablemente sus seres queridos pasaban hambre en casa?). A la hora de la verdad, siempre convenía más hacer piña con los tuyos, con quienes tenías que convivir y comer y trabajar el resto de tu vida.

Ruth mantuvo la vista fija en la almohadilla. No quería saber dónde estaba Luther, arriesgarse a alzar los ojos y encontrarse accidentalmente con su mirada en medio de aquel grupo de caras negras.

—Había llegado —dijo Ruth.

Los jugadores de color enloquecieron. Vociferaron y señalaron la almohadilla y exclamaron «¡Y una mierda!», y así siguió la cosa por un rato, y de pronto, como si hubieran oído un silbato para perros que ninguno de los blancos podía oír, callaron. Ya sin vigor, hundieron los hombros y traspasaron a Ruth con la mirada, como si pudieran ver a través de su cabeza, y Sticky Joe Beam dijo:

—Vale, vale. Así que jugamos a eso, pues juguemos a eso.

—A eso jugamos, sí —dijo McInnis.

—Muy bien, señor —respondió Sticky Joe—. Ahora ya está claro. Y todos volvieron a sus posiciones.

Babe se sentó en el banquillo y bebió y se sintió sucio y se dio cuenta de que deseaba retorcerle el pescuezo a Ebby Wilson, arrancarle la cabeza y tirarla a una pila al lado de la de Flack. No podía explicarlo: había cumplido con su deber para con su equipo y, sin embargo, se sentía así.

Cuanto más bebía, peor se sentía, y hacia la octava entrada se planteó qué pasaría si en su siguiente turno de bateo la pifiaba a propósito. En ese punto, había cambiado de puesto con Whiteman y jugaba de primer base. Luther Laurence esperaba su turno de bateo mientras Tyrell Hawke ocupaba el cajón, y Luther lo miró como si fuera un blanco más, con esa mirada vacía que uno veía en los conserjes y los limpiabotas y los botones, y Babe sintió un estremecimiento.

Incluso con otros dos contactos discutibles (y hasta un niño adivinaría quién ganó la discusión) y una bola larga que salió fuera pero los

jugadores de primera división consideraron *home run*, éstos seguían teniendo el marcador en contra con un 9-6 en la segunda mitad de la novena entrada, y entonces la flor y nata de las Ligas Nacional y Americana empezó a jugar como la flor y nata de las Ligas Nacional y Americana.

Hollocher mandó una bola rasante junto a la línea de la primera base. Luego Scott le pegó bien y el trallazo pasó justo por encima de la cabeza del tercer base. Flack quedó eliminado en su turno de bateo. Pero McInnis hizo una cortada y la bola quedó muy cerca de la meta, y con eso ya tenían ocupadas las tres bases, con un solo bateador eliminado, George Whiteman a punto de batear y Ruth en espera. Ahora la táctica de los locales apuntaba a conseguir una doble eliminación, y Sticky Joe Beam no tiraba ni una sola bola a la que George pudiera responder en condiciones, y Babe, sin querer, empezó a rezar por algo por lo que nunca en la vida había rezado: una doble eliminación para no tener que batear.

Whiteman se recreó con una bola rápida y descendente que tardó demasiado en bajar, y la bola salió despedida hacia el espacio y luego dio un giro a la derecha en algún lugar poco más allá del diamante, un giro brusco y rápido, y la bola acabó fuera. Claramente fuera. Luego Sticky Joe Beam lo eliminó en dos *strikes* con las bolas rápidas más virulentas que Ruth había visto jamás.

Babe se acercó a la meta. Calculó cuántas de sus seis carreras habían ganado con juego limpio: eran tres. Tres. Frente a aquellos negros que nadie conocía, allí en un mísero campo en aquel agujero de Ohio, los mejores jugadores del mundo conocido no se habían anotado más que tres tristes carreras. Hasta el mismísimo Ruth devolvía sólo una de cada tres. Y eso que lo había intentado. Y no eran sólo los lanzamientos de Beam. No. La consigna de Babe Ruth y sus compañeros era: mándalas hacia donde no haya nadie. Pero esos negritos estaban en todas partes. En cuanto creías que había un hueco, el hueco desaparecía. En cuanto golpeabas una bola que ningún mortal podía atrapar, uno de esos chicos la tenía ya en el guante y ni siquiera le faltaba el aliento.

Si no hubiesen hecho trampa, ése habría sido uno de los grandes momentos en la vida de Ruth: enfrentado a algunos de los mejores

jugadores que había conocido, con el partido en sus manos, al final de la novena entrada, dos bateadores eliminados, tres en el campo. Un buen golpe de bate, y la victoria podía ser suya.

Y la victoria podía ser suya. Llevaba un rato observando a Sticky Joe. Lo notaba cansado, y había visto todos sus lanzamientos. Si no hubiesen hecho trampa, el aire que Ruth inhalaba ahora por la nariz sería pura cocaína.

El primer lanzamiento de Sticky Joe fue demasiado flojo y previsible, y Ruth tuvo que sincronizar bien el bateo para fallar. Falló a todas luces, intentando que fuera convincente, e incluso Sticky Joe pareció sorprenderse. El siguiente fue más duro, con un poco de rosca, y Ruth la mandó fuera. Después Sticky lanzó la bola directamente al suelo, y la otra le pasó a Ruth a la altura de la barbilla.

Sticky Joe cogió otra vez la bola y se apartó un momento del montículo y Ruth sintió todas las miradas puestas en él. Veía los árboles a espaldas de Luther Laurence y veía a Hollocher, Scott y McInnis en las bases, y pensó en lo bonito que habría sido si hubiesen jugado limpio, si el siguiente lanzamiento fuera uno que él, con la conciencia tranquila, pudiese enviar hacia Dios en los cielos. Y quizá...

Levantó una mano y salió del cajón.

No era más que un juego, ¿no? Eso se había dicho al plantearse pifiarla a propósito. Sólo un juego. ¿Qué más daba si perdía un ridículo partido?

Pero lo contrario también era cierto. ¿Qué más daba si ganaba? ¿Tendría alguna importancia al día siguiente? Claro que no. No afectaría a la vida de nadie. En ese momento, en ese preciso momento, la cosa estaba así: dos eliminados, tres en el campo, segunda mitad de la novena entrada.

Si me la sirve en bandeja, decidió Ruth cuando volvió al cajón, no voy a hacerle ascos. ¿Cómo voy a resistirme? Con esos hombres en las bases, el bate en la mano, el olor a tierra y hierba y sol.

Es una bola. Es un bate. Es un equipo de nueve hombres. Es un momento. No la eternidad. Sólo un momento.

Y allí estaba la bola, acercándose más despacio de lo que debería, y Ruth lo vio en la cara del viejo negro. Lo supo en cuanto la bola salió de su mano: era un lanzamiento previsible.

Babe se planteó pinchar, darle de refilón, hacer lo correcto.

Entonces sonó el silbato del tren, sonó fuerte, estridente, a través del cielo, y Ruth pensó, eso es una señal, y plantó el pie y bateó y oyó decir al *catcher* «Mierda», y luego el chasquido, ese exquisito chasquido de la madera contra el cuero, y la bola desapareció en el cielo.

Ruth trotó unos cuantos metros por la línea y se detuvo porque sabía que el jugador contrario estaba justo debajo de la bola.

Miró y vio que Luther Laurence lo miraba a él, apenas una décima de segundo, y percibió lo que Luther sabía: que su intención había sido conseguir un *home run*, un *grand slam*. Que su intención había sido robar el partido, un encuentro dominado por el juego sucio, a quienes habían jugado limpio.

Luther apartó los ojos de la cara de Ruth, retiró la mirada de tal manera que Ruth supo que nunca más volvería a sentirla. Luther alzó la vista a la vez que se colocaba en posición bajo la bola. Afirmó los pies. Levantó el guante por encima de la cabeza. Y ahí se acabó, ahí se decidía el partido, porque Luther estaba justo debajo de la bola.

Pero Luther se alejó.

Luther bajó el guante y se encaminó hacia el diamante y eso mismo hicieron el *fielder* derecho y el *fielder* izquierdo y la bola cayó en la hierba detrás de todos ellos y ni siquiera se volvieron para mirarla, simplemente siguieron caminando, y Hollocher cruzó la meta, pero no lo esperaba el *catcher*. El *catcher* iba hacia el banquillo junto a la tercera base, y también iba el tercer base.

Scott llegó a la meta, pero McInnis dejó de correr en la tercera y se quedó allí inmóvil, mirando cómo los negros se dirigían parsimoniosamente hacia su banquillo como si fuera el final de la segunda entrada en lugar del final de la novena. Se reunieron allí y guardaron los bates y los guantes en dos bolsas de lona distintas, actuando como si los blancos ni siquiera estuviesen presentes. Ruth deseó cruzar el campo y acercarse a Luther, decir algo, pero Luther no se volvió. A continuación todos se marcharon hacia el camino de tierra al fondo del campo, y perdió de vista a Luther en medio del mar de negros, no supo si era el que iba delante o a la izquierda y Luther no volvió la vista atrás en ningún momento.

El silbato sonó de nuevo, y ninguno de los blancos había movido

un dedo, y aunque había dado la impresión de que los negros andaban despacio, casi todos habían abandonado ya el campo.

Excepto Sticky Joe Beam. Se aproximó y cogió el bate empleado por Babe. Se lo apoyó en el hombro y miró a Babe a la cara.

Babe le tendió la mano.

—Un buen partido, señor Beam.

Sticky Joe Beam no dio señales de ver la mano de Babe.

—Creo que ése es su tren, señor —dijo, y se marchó del campo.

Babe regresó al tren. Tomó una copa en el bar.

El tren partió de Ohio y atravesó Pennsylvania a toda marcha. Sentado a solas, Ruth bebió y contempló Pennsylvania, aquella amalgama de montes y polvo. Pensó en su padre, que había muerto hacía dos semanas en Baltimore en una pelea con el hermano de su segunda mujer, Benjie Sipes. El padre de Babe asestó dos puñetazos y Sipes sólo uno, pero fue éste el que contó, porque su padre se dio de cabeza contra el bordillo y murió en el Hospital Universitario unas horas después.

Los periódicos le dieron mucho bombo durante un par de días. Le preguntaron qué opinaba, qué sentía. Babe contestó que lamentaba su muerte. Era una pena.

Su padre lo había abandonado en el reformatorio cuando tenía ocho años. Dijo que debía aprender modales. Dijo que estaba harto de intentar enseñarle a obedecerles a su madre y a él. Dijo que una temporada en el Saint Mary le vendría bien. Dijo que él tenía una taberna de la que ocuparse. Iría a recogerlo cuando hubiese aprendido a obedecer.

Su madre murió mientras él estaba allí.

Era una pena, había dicho a la prensa. Una pena.

Aún esperaba sentir algo. Llevaba dos semanas esperando.

En general, sólo experimentaba algún sentimiento, a excepción hecha de la autocompasión que lo invadía al excederse con el alcohol, cuando golpeaba una bola. No cuando la lanzaba. No cuando la atrapaba. Sólo cuando la golpeaba. Cuando la madera entraba en contacto con el cuero y sentía el giro de la cadera, la torsión de los hombros, la contracción de la musculatura de los muslos y las pantorrillas y, des-

pués, la expansión del cuerpo al detenerse el bate negro y elevarse la bola blanca a más altura y con mayor rapidez que cualquier cosa en el planeta. Por eso aquella tarde había cambiado de idea y respondido al lanzamiento, porque se había sentido obligado a hacerlo. Era una bola demasiado previsible, demasiado limpia, a su alcance. Por eso lo había hecho. No había otra explicación. Así de simple.

Se apuntó a una partida de póquer con McInnis, Jones, Mann y Hollocher, pero los únicos temas de conversación eran la huelga y la guerra (nadie mencionó el partido; era como si se hubieran puesto todos de acuerdo en que no se había jugado), así que echó una larguísima siesta, y cuando se levantó, ya casi habían dejado atrás Nueva York. Tomó unas cuantas copas más para sacudirse la modorra, y le quitó el sombrero a Harry Hooper de la cabeza mientras dormía y traspasó la copa de un puñetazo y volvió a ponérselo, y uno se rio y otro dijo: «Gidge, ¿es que no respetas nada?». Así que cogió otro sombrero, esta vez el de Stu Springer, jefe del departamento comercial de los Cubs, y lo agujereó también de un golpe de puño y pronto la mitad del vagón le lanzaba sombreros y lo incitaba, y él se subió a un asiento y saltó de uno a otro aullando como un mono y experimentando un orgullo repentino e inexplicable que le subió por las piernas y los brazos como espigas de trigo creciendo enloquecidamente, y gritó: «¡Soy el hombre mono! Soy el Puto Babe Ruth. ¡Os voy a comer!».

Algunos intentaron obligarlo a bajar, otros intentaron tranquilizarlo, pero él saltó desde los respaldos y bailó una jiga en el pasillo central y cogió unos cuantos sombreros más y lanzó unos al aire y agujereó otros, y la gente aplaudía, la gente vitoreaba y silbaba. Batió palmas como un mono de feria y se rascó el culo y siguió con sus aullidos, y a los demás les encantó, les encantó.

Al final se le acabaron los sombreros. Miró el pasillo. El suelo estaba cubierto. Colgaban de los portaequipajes. En unas cuantas ventanas se habían adherido trozos de paja. Ruth sintió aquel desperdigamiento en la columna vertebral, justo en la base del cerebro. Se sintió confuso y eufórico y dispuesto a seguir con las corbatas. Los trajes. Las maletas.

Ebby Wilson le apoyó una mano en el pecho para detenerlo. Ruth ni siquiera sabía de dónde había salido. Vio a Stuffy de pie en su asien-

to, levantando un vaso de algo en dirección a él, vociferando y sonriendo, y Ruth lo saludó con la mano.

—Hazme uno nuevo —dijo Ebby Wilson.

Ruth lo miró.

—¿Cómo?

Ebby abrió las palmas de las manos, procurando mostrarse razonable.

—Hazme un sombrero nuevo. Los has roto, así que ahora hazme otro.

Alguien silbó.

Ruth le arregló a Wilson los hombros de la chaqueta.

—Te invito a una copa.

—No quiero una copa. Quiero mi sombrero.

Cuando Ruth estaba a punto de decir «A la mierda el sombrero», Ebby Wilson lo empujó. No fue un empujón muy fuerte, pero en ese momento el tren cogió una curva, y Ruth notó la sacudida, y sonrió a Wilson, y de pronto decidió atizarle en lugar de insultarlo. Lanzó el puño, lo vio reflejado en los ojos de Ebby Wilson, ya menos seguro de sí mismo, menos preocupado por su sombrero, pero el tren se sacudió otra vez, y el tren vibró, y Ruth notó que erraba el golpe, notó todo su cuerpo lanzado a la derecha, notó una voz en el corazón que le decía: «Tú no eres así, Gidge. Tú no eres así».

El puño fue a dar en la ventana. Lo sintió en el codo, lo sintió en el hombro y a un lado del cuello y en el hueco justo debajo de la oreja. Sintió el vaivén de su barriga como un espectáculo público y volvió a sentirse gordo y huérfano. Se dejó caer en el asiento vacío y aspiró el aire entre los dientes y se acunó la mano.

Probablemente en ese momento Luther Laurence y Sticky Joe y Aeneus James estaban sentados en un porche, sintiendo el calor de la noche, pasándose una jarra. Tal vez hablaban de él, de la expresión en su cara cuando vio a Luther alejarse de aquella bola mientras caía. Tal vez se reían, reviviendo un golpe bueno, un lanzamiento, una carrera.

Y él estaba aquí, en el mundo.

He dormido hasta pasado Nueva York, pensó Babe mientras esperaba a que le trajeran una cubitera para meter la mano en el hielo. Pero entonces se acordó de que el tren no pasaba por Manhattan, sino por

Albany; aun así, sintió que se había perdido algo. Lo había visto un centenar de veces, pero le encantaba contemplarlo, las luces, los ríos oscuros que lo circundaban como un suelo enmoquetado, las torres de piedra caliza tan blancas en contraste con la noche.

Sacó la mano del hielo y se la miró. La mano de lanzar. La tenía roja e hinchada y no podía cerrar el puño.

—Gidge —gritó alguien desde el fondo del vagón—. ¿Qué tienes contra los sombreros?

Babe no contestó. Miró por la ventana, la llanura de matorrales de Springfield, Massachusetts. Apoyó la frente en el cristal para refrescársela y vio su reflejo y el reflejo del paisaje, ambos entretrejidos.

Acercó la mano hinchada al cristal y el paisaje se deslizó también por ella, e imaginó que le curaba los nudillos doloridos y esperó no habérselos roto. Por algo tan absurdo como unos cuantos sombreros.

Imaginó que se encontraba con Luther en una calle polvorienta de un pueblo polvoriento, lo invitaba a un trago y le pedía disculpas, y Luther le decía: «No se preocupe usted, señor Ruth», y le contaba otra historia sobre los cactus de Ohio.

Pero entonces Ruth se representó los ojos de Luther, sin transmitir nada aparte de la sensación de que veía en su interior y no aprobaba lo que había dentro, y Ruth pensó: Vete a la mierda, chico, tú y tu aprobación. No la necesito. ¿Me has oído?

No la necesito.

No había hecho más que empezar. Estaba listo para irrumpir y llegar a lo más alto. Lo presentía. Grandes cosas. Se avecinaban grandes cosas. Que saldrían de él. De todas partes. Esa sensación tenía últimamente, como si el mundo entero, él incluido, hubiese estado encerrado en una cuadro. Pero pronto, muy pronto, irrumpiría y se propagaría por todas partes.

Mantuvo la cabeza contra el cristal y cerró los ojos, y notó los campos deslizarse por su cara aun mientras empezaba a roncar.